

chaba sus burbujas, y se podrá comprobar que el afán difusor de extender sin medida las formas complicadas, se detiene en las mismas jambas de su portada; resulta administrado en el macizo patio; y no trepa por los grandes lienzos de muro que delimitan la fábrica. En donde puede tener más disculpa—disculpa única, a lo mejor—, la irregularidad estilística, o al menos su variedad, es en la Arquitectura. Un escritor español al hablar de ello dice que «como arte de la forma y de las estructuras por excelencia, no conoce otras limitaciones que las ofrecidas por los materiales de que se sirve». Semejante opinión se explica, a mi juicio, por la ininterrumpida lucha entre el pensamiento del artista, en potencia de considerar e imaginar espacios, y la realidad plástica que le obliga a inventar soluciones tangibles en la tarea ejecutiva de su obra. Por eso, es cierto e irrefutable que no los libros sino las piedras son quienes contienen la historia de nuestra arquitectura. De toda la arquitectura.

El barroco de Murcia

Como sobre ascuas, una sola sugerencia relacionada con lo que califico de «colaboración del cielo en lo tectónico».

Si en el barroco son materia de trabajo las más descoyuntadas y sinuosas formas, de poco valdría esmerarse en lograr una disposición agradable a la vista, sin el concurso de la luz, que representa en el citado arte una considerable proporción de su triunfo o

